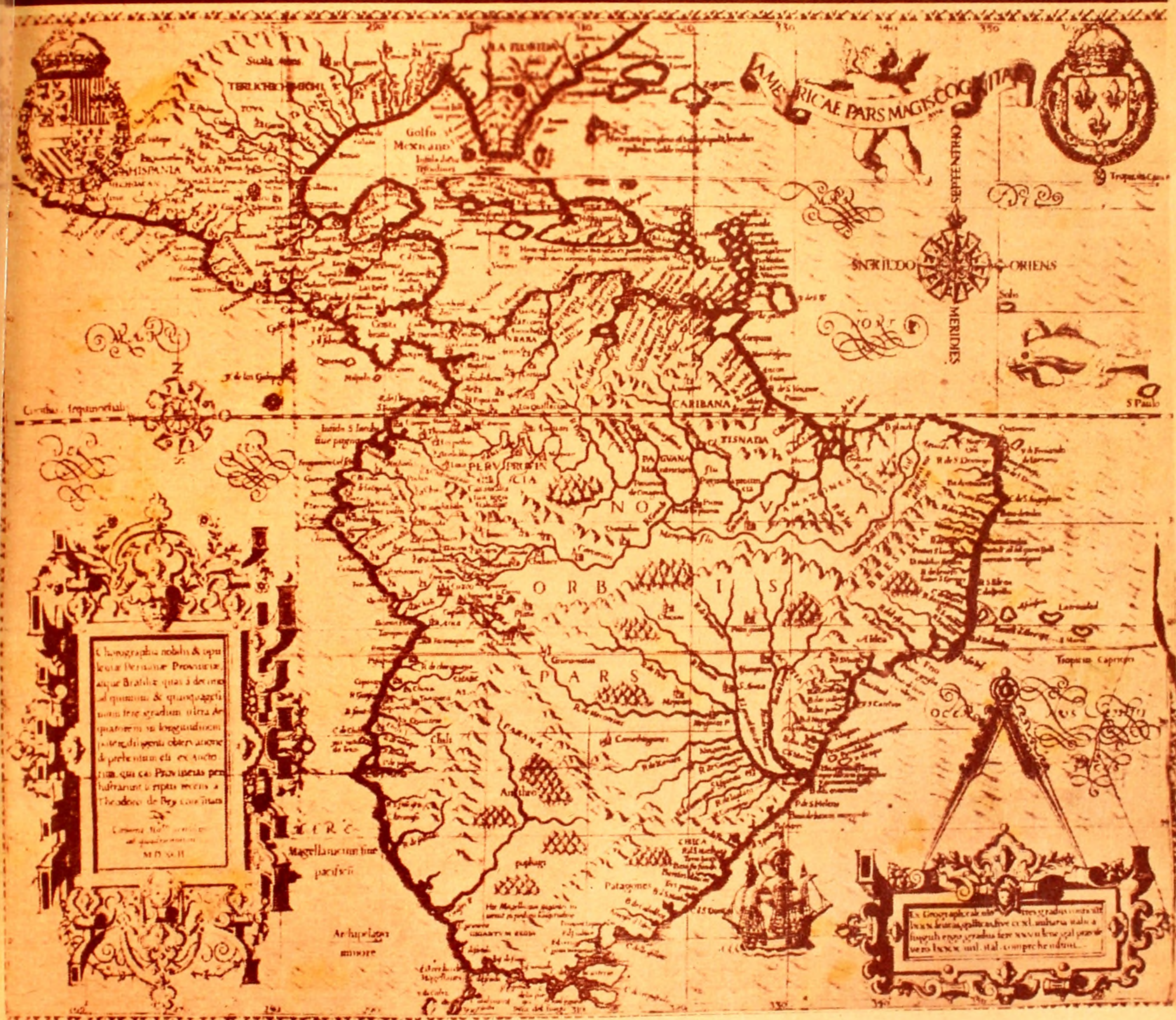
EL DIA



Antiguo Perfil de América

Así era el contorno de nuestro continente, según el mapa de Theodore de Bry, de 1592. Alguien ha dicho de América, ceñida por el Atlántico y el Pacífico, que era una gran sirena presa entre dos océanos.

Suplemento Dominical fundado por don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932. – Año XXXVII – Nº 1843 – Montevideo, 22 de setiembre de 1968

El Mundo en el LIBRO

Por WRIOTHESLEY



J. ALDEN MASON
Las antiguas culturas del Perú



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

WALTER KRICKEBERG
LAS ANTIGUAS CULTURAS MEXICANAS



FONDO DE CULTURA ECONOMICA

ALBERTO MARIO SALAS
LAS ARMAS DE LA CONQUISTA



EMECÉ

ZUM FELDE
EL PROBLEMA DE LA CULTURA AMERICANA
EDITORIAL LOSADA, S. A.
BUENOS AIRES

CONSTANTINO BAYLE, S. J.
EL DORADO FANTASMA



AÑO MCMXLIII
PUBLICACIONES DEL CONSEJO DE LA HISPANIDAD

ANTONIO RUMEU DE ARMAS
CODIGO DEL TRABAJO DEL INDIGENA AMERICANO



EDICIONES CULTURA HISPANICA

Dora Isella Russell
Crónicas Andariegas



EDICIONES CULTURA HISPANICA

AMÉRICA
EN EL ESPÍRITU FRANCÉS
DEL SIGLO XVIII
por Silvio Zavala
Miembro de El Colegio Nacional



EDICION DE EL COLEGIO NACIONAL
MEXICO, D. F. M-CM-XLIX

América fue desde su incorporación al orbe conocido, apasionante motivo de investigación, no sólo a partir del Descubrimiento, sino por el interés que su gran pasado prehispánico despertó en la curiosidad de los hombres. Una copiosa bibliografía a través de cuatrocientos setenta y seis años, avala la ingente preocupación de ahondar en el proceso evolutivo de la cultura hispanoamericana. Casi escogidos al azar, ofrecemos esta vidriera de textos, entre los muchos que tratan, en sus múltiples aspectos, el gran tema americano.

Breve historia del
Panamericanismo

EL título es un tanto ambicioso pues que no puede encerrarse en un trabajo periodístico la crónica del desarrollo de una idea a lo largo de 87 años, que llegan a 142 si se toma en cuenta el primer antecedente en la materia: la iniciativa de Bolívar sobre la constitución de una liga o confederación de países latinoamericanos cuando, presidente de Colombia en 1822, la expone a los gobiernos de México, Perú, Chile y Buenos Aires. Se reitera, luego, en su famosa carta del 7 de diciembre de 1824 al invitarles a una reunión en Panamá para crear la asamblea que debía "servir de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete en los tratados públicos cuando ocurran dificultades y de conciliador, en fin, de nuestras diferencias".

México fue más allá en el alcance geográfico de la reunión, al proponer se invitasen al Brasil y a los Estados Unidos de América, coincidiendo con el vicepresidente Santander que formuló la invitación venciendo las primitivas reservas del Libertador para quien "los Estados Unidos son heterogéneos para nosotros". Hechos los contactos, Brasil respondió "que la política del Emperador estará siempre pronta a contribuir al reposo, dicha y gloria de América, por lo que "enviará un plenipotenciario al Congreso a tomar parte en las deliberaciones de interés general"; y el gobierno de los Estados Unidos designó a Mr. Andersen y al Coronel Sergeant. Ninguno de los dos se hizo presente en el Congreso: el primero falleció en su viaje a Panamá y el segundo llegó cuando ya se habían clausurado las sesiones. De cualquier manera, no puede desconocerse como antecedente del paramericanismo el congreso reunido en Panamá el 22 de junio de 1826, iniciativa del genio multiforme de Bolívar. Sus deliberaciones y resultados bastarían a llenar un largo capítulo de este evento cuyo éxito posterior naufrago en Tucubaya al retirarse los delegados de Colombia y Centro América; pero la idea del panamericanismo fue formulada en forma precisa y anduvo un camino que la historia recoge.

La idea de reunir a todos los países americanos en conferencias de interés común renace con el Secretario de Estado, James G. Blaine, quien, en nota circular del 29 de noviembre de 1881, invita "para tomar parte en un Congreso General que debería reunirse en Washington en 1882 con el objeto de considerar y discutir los métodos de prevenir las guerras entre los países de América" y ello, sobre la base de la igualdad jurídica de todos los Estados.

Desgraciadamente, el fallecimiento del presidente de los Estados Unidos de América trajo la separación de Mr. Blaine de la Cancillería, hechos a los que se sumó la guerra de Perú y Chile por lo que una circular del Departamento de Estado del 9 de agosto de 1882 notificó a las Cancillerías americanas que la invitación quedaba diferida para fecha a indicarse.

En 1888, el Congreso norteamericano votó una ley autorizando al presidente para realizar los arreglos necesarios a fin de convocar a una conferencia a los países de ambas Américas, Haití y Santo Domingo, donde se discutirían entre otros temas de interés general: 1) Medidas tendientes a conservar la paz y fomentar la prosperidad de los Estados americanos; 2) Formación de una unión aduanera; 3) Estudio de diversas medidas tendientes a fomentar el comercio y las comunicaciones, para el establecimiento de un sistema uniforme de pesas y medidas y de una unidad monetaria de curso forzoso en las transacciones comerciales; 4) Un convenio sobre arbitraje para todas las disputas y diferencias que pudieran suscitarse entre los Estados del Continente; y 5) Todas las demás materias relacionadas con la prosperidad de los países convocados.

La Conferencia se reunió en Washington del 2 de octubre de 1889, al 19 de abril de 1890 con la asistencia de todos los países, salvo Santo Domingo. Y de Panamá y Cuba por no ser Estados independientes a la fecha. Entre las resoluciones de carácter jurídico aprobadas, cabe destacar la recomendación del estudio, por los gobiernos americanos, de los Tratados de Derecho Público Privado de Montevideo y del Derecho Penal Internacional en la parte que regulaba la extradición.

Se aprobaron, asimismo, varias declaraciones trascendentes que con el tiempo han nutrido un derecho internacional americano, tales como: 1) la eliminación del principio de conquista durante el tiempo de vigencia del tratado de arbitraje; 2) nulidad de las cesiones de territorio en las mismas circunstancias, etc.

En esta conferencia, por otra parte, se pusieron en evidencia sustanciales diferencias entre las posiciones de los Estados latinoamericanos y las del país anfitrión. Mientras éste daba preferencia a las cuestiones aduaneras y comerciales, aquéllos hacían cuestión capital a las declaraciones sobre derecho de conquista y soluciones de arbitraje.

Desde aquella reunión del siglo pasado a la fecha, la idea de la unión panamericana ha ido consolidándose y ampliando a través de tres períodos: uno extendido desde la fecha inicial y por un lapso de 40 años, dedicado a establecer y fortalecer las bases de las instituciones jurídicas de la comunidad. Se estableció el arbitraje general obligatorio, herramienta de defensa de la soberanía y de autoridad de los tribunales nacionales; se consagró el principio de la ilegitimidad del cobro compulsivo de las deudas, el de la no intervención, el repudio de las conquistas debidas a la fuerza y se desarrollaron principios nuevos como el de asilo y el de la extradicción. Es la etapa de la unión Panamericana.

El segundo período se inicia con la política del Buen Vecino cuyos principios se consolidan en la Conferencia de Montevideo de 1933 en que se acuerda el fundamento básico de las relaciones interamericanas: "Ningún Estado tiene derecho a intervenir en los asuntos internos ni en los externos de otro".

Se acelera entonces el progreso del sistema panamericano con la adopción de los métodos de consulta en los casos de amenazas a la paz, ante una guerra o un virtual estado de beligerancia sea entre los Estados de este hemisferio o entre los de otros continentes. El poder político de la comunidad regional —como expresara alguna vez el ex Secretario General, Dr. Mora Otero— era puesto en manos de un órgano internacional, pues "los pueblos de América habían alcanzado la unidad espiritual con la similitud de sus instituciones republicanas, su inquebrantable anhelo de paz, sus profundos sentimientos de humanidad y tolerancia y su adhesión al principio de Derecho Internacional, según lo proclamara la Declaración de Lima de 1938".

Un hecho excepcional pone a prueba la solidez del sistema regional: el fin de la segunda guerra mundial y la creación del Pacto de las Naciones Unidas con la Carta de San Francisco. Las naciones americanas hacen un frente común y logran la preservación de la autonomía del sistema regional panamericano.

El fin de este período lo marca la Conferencia de Bogotá de 1948 —de triste recuerdo— en que se aprueba y firma un tratado regulador de la Organización de los Estados Americanos: O.E.A., que sustituye a la secular Unión Panamericana. La Carta de la OEA aprobada en esta 10ª Conferencia, consta de dos partes: una ideológica, que enuncia la naturaleza del pacto, y la otra de naturaleza administrativa en que se enumeran sus órganos y sus facultades y/o funciones.

En la primera se establecen como propósitos sustanciales, el fomento de la "solidaridad de los Estados americanos, robustecer su colaboración y defender su soberanía, su integridad territorial y su independencia"; "afianzar la paz y seguridad del continente"; "asegurar la solución pacífica de las controversias que surjan entre los Estados miembros; "promover por medio de la acción cooperativa su desarrollo económico, social y cultural".

Por último, la tercera etapa del panamericanismo que se inicia con la década de 1960, marca el comienzo de firmes responsabilidades del sistema en los planes del desarrollo económico y social.

No ha sido fácil llegar al nivel actual. Sólo quien conoce a fondo las diferencias que se han suscitado en el desenvolvimiento de las diversas conferencias; el enfrentamiento de los distintos criterios con que se han manejado espinosas cuestiones de derecho y convivencia puede sostener irresponsablemente una subordinación de la Organización a algún gobierno. Afirmación tan injuriosa como desprovista de información. El cómputo cuidadoso de las situaciones logradas en cada conferencia, muestra la digna posición de los países latinoamericanos y la comprensiva actitud de su poderoso vecino del Norte.

Hoy, la Organización de los Estados Americanos es una realidad y sin duda, dentro del derecho, de las normas del Buen Vecino formuladas por Roosevelt y de la dignidad de los gobiernos latinoamericanos, el pacto regional seguirá luchando, vigilante y tesonero, por la unidad, el progreso y la prosperidad del continente americano.

Homero Martínez Montero

(Especial para EL DIA)



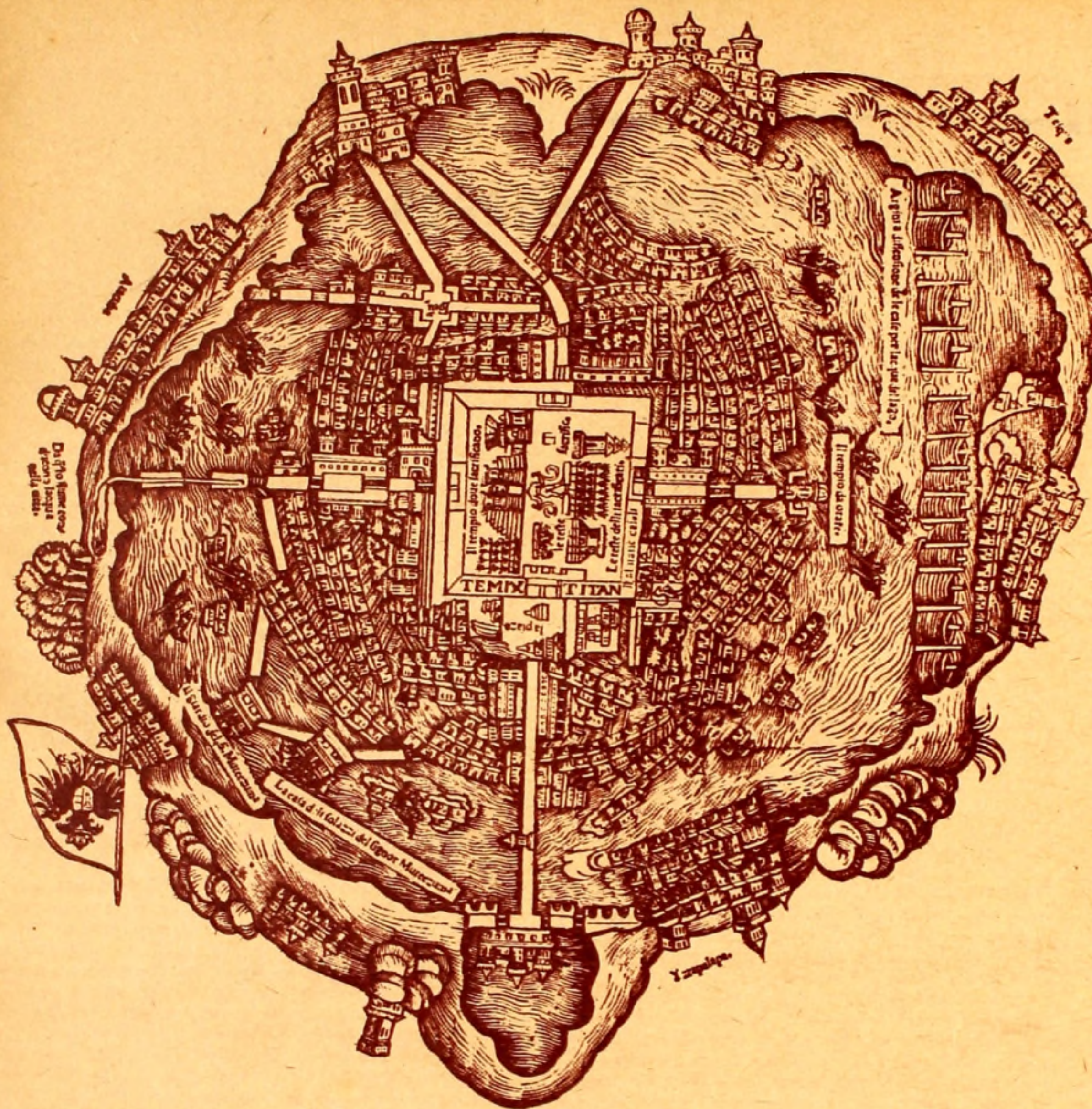


Reunión de Cancilleres de América. Fotografía tomada en la escalinata del frente de la Casa Blanca, en Washington, el 2 de octubre de 1962. En primera fila, donde puede verse al Presidente Kennedy y al entonces Vicepresidente Johnson, se halla el autor de esta nota, el segundo a partir de la derecha.

La Casa de las Américas, sede actual de la Unión Panamericana de Washington



La Mansión Walach, de Washington, donde se celebraron las sesiones ordinarias de la primera Conferencia, en 1889.



El primer plano de México - Tenochtitlán trazado por Hernán Cortés y, según se dice, dibujado luego por Durero.



Este fue el escenario de la civilización mexicana, donde a 2.440 m de altura está emplazada la antigua capital, Tenochtitlán, hoy Ciudad de México.

LOS PELDAÑOS DE LA HISTORIA

En la famosa Plaza de Calassasaya, parte central de las ruinas de Tiahuanacu, se destaca la Puerta del Sol, una de las muestras más bellas del arte precolombino, y en dicha puerta se percibe, repetido, un mismo dibujo: el Signo Escalonado.

Esa severa construcción lineal se da también en Chavín y Machu Picchu, Perú, y en San Agustín, Colombia, así como en las interminables graderías de las pirámides aztecas. Este signo escalonado parece representar ese impulso ascensional de estos pueblos para anidar en los Andes, y que "acabó encontrando su justo símbolo en los templos en pirámides", al decir de uno de nuestros más representativos historiadores. Parece representar también la forma gráfica en que la cultura incaica se superpone a la tiahuanacota, así como el modo en que las construcciones coloniales del Cuzco, fueron levantadas sobre los cimientos de la capital del Incario y la manera en que Quito, edificada por Belalcazar, fue erigida sobre los fundamentos dejados por Huayna Capac.

Este signo escalonado, esa superposición, esa apoyadura —como en el sistema comtiano de las ciencias— describe la línea seguida por la evolución de nuestros pueblos, para rematar en el ejemplo empleado de la pirámide azteca, en una terraza que domina la tierra, pero que, no siendo sino una superficie trunca, dejaba ver la ausencia de un último elemento que le diese coronación final. Ese elemento había de ser la cruz de las catedrales medioevales que traen los españoles, la cual, proyectándose sobre esas moles seculares, las eleva a lo universal y eterno.

Una rápida mirada retrospectiva nos permitirá ver los progresos y las distorsiones que acusa nuestra evolución histórica. Todo parece indicarnos que hemos llegado a un punto crucial en el que habrá que decidir si aumenta la pendiente actual de la declinación de nuestros pueblos, o si, por el contrario, ellos se muestran capaces de una profunda renovación que los lleve a alcanzar grandes objetivos.

LA EPOCA PRECOLOMBINA

Alreddor de 500 años antes de Cristo florecen las primeras culturas: Chavín en el Perú y en Bolivia Tiahuanacu, "cuya grandiosidad hace que John Alden Mason la compare, y con justicia, a los templos de Carnac". Se mueven, ambas, sin embargo, en marcos geográficos reducidos.

Un milenio después, el Imperio Azteca presenta a los ojos asombrados de los Conquistadores "la ciudad de Tenochtitlán, comparada por Cortés con Sevilla y Córdova, pero con una plaza más grande que la de Salamanca". Al Sur se extendía el Imperio Incásico, con Cuzco como capital y centro desde el cual partían las grandes calzadas que atravesaban el inmenso territorio sometido a su dominio.

Ambas formaciones históricas representan enormes extensiones territoriales. Dos hechos, sin embargo, los configuran como mundos aislados. En efecto, pese a la simultaneidad de su desarrollo, ambos imperios se ignoraron mutuamente, de tal modo que entre uno y otro se diseña la existencia de un inmenso e impenetrable vacío. De otra parte, estas culturas se sienten, como ninguna otra fuerza configurante de la tierra, carecen de vocación náutica, no conocen ese camino de mil pistas, según la expresión de Arciénegas, y en consecuencia quedan como ruedas dentadas que no engranan, sin experimentar la relación vivificante que conocieron civilizaciones.

LA EPOCA VIRREINAL

Durante los tres siglos de la Colonia, los conquistadores pueblan de ciudades en el corto espacio de cuarenta años, este continente agrario; los misioneros siembran, para seguir el pensamiento de Jorge Basadre, la cultura occidental sobre el terreno de las antiguas civilizaciones en tanto que, en los cuatro Virreinatos comenzaba a operarse, como bellamente expresara Pemán, a través del amor hecho carne, el mestizaje racial y cultural.

De esa prodigiosa obra fundacional, se destaca Potosí, que en 1650 llegó a ser una de las cuatro principales ciudades del Mundo, y la ciudad de México que llegó a tener en 1803, ciento ochenta y tres mil habitantes, en tanto Nueva York sólo tenía ochenta mil. En la época anterior a la emancipación de los Estados Unidos, la Colonia había construído más puertos activos y ciudades con población superior a los cincuenta mil habitantes que el dominio inglés y las había dotado de mayor número de universidades y

Nuestra

América

Entre el auge o la decadencia

imprentas, pero, sobre todo, llegó a configurar la ayor área geográfica del mundo con los mismos racteres de lengua, raza, religión e historia, y la ás firme base para una tarea de integración.

En suma, una inmensa obra de infraestructura jica y espiritual, a la que alude Populorum Proessio, al distinguir entre colonización y colonialiso, pero también deja como trágico saldo un sistema monoproducción, de exportación y por tanto, de ependencia.

LA EMANCIPACION

En el largo período colonial se acumulan enormes nergías que hacen explosión en la generación heroica ue logra la Emancipación, mediante la perfecta coorinación de todos los movimientos continentales en s cuales, como se ha dicho tantas veces, los ejércitos argentinos libertan Chile y Perú y llegan a Potosí Chuquisaca, en tanto los soldados colombianos, desués de contribuir a la emancipación de cinco países onfluyentes como dos brazos de una inmensa tenaza ue se cierra en Ayacucho, en una de las zonas de nayor densidad histórica de la América indoespañola, londe resaltan los hombres de Cajamarca, Cuzco, Machu Picchu, Tiahuanacu y Acora, pequeña poblaión esta última donde Sucre representando la volunad continental, y Olañeta la nacional, acuerdan la formación del Estado boliviano.

La Emancipación fue nuestro mayor esfuerzo unitario. En 1809, con sucesión de días, se producen en todas partes los primeros movimientos. Después se movilizan ejércitos regulares y de guerrilleros confundidos bajo el común apelativo de americanos. En su avance no se detienen en sus fronteras, pues intuyen que sus límites están al Norte en los Estados Unidos, y los otros tres puntos cardinales en el Atlántico y en el Pacífico.

Es tan fuerte este sentimiento que, durante el breve Imperio de Iturbide, los pueblos centroamericanos quieren unirse a México para lograr luego su propia unidad, durante varios años con Arze y Morazán. Con Santa Cruz surge la Confederación Perú-Boliviana. El ideario de la unidad adquiere el valor de conciencia continental en el pensamiento de Bolívar. Este sentimiento es tan vigoroso que a pesar de que la Gran Colombia se divide en cuatro países, el Alto y el Bajo Perú se separan, y los países centroamericanos se disgregan, no obstante todo ello, pasados ciento cincuenta años, renace, "con una fuerza que no se conocía desde la Independencia" al decir de Felipe Herrera, en el Grupo Andino, en el sistema de la Cuenca del Plata, en el Mercado Centroamericano y en ALALC.



Típicas embarcaciones de totora, en el Lago Titicaca, no difieren de las usadas por los pescadores de siglos atrás.

Después del inmenso esfuerzo que representó la guerra de los quince años por la Emancipación, y que a veces revistió caracteres de exterminio; después de haber sustituido la dominación española por el Gobierno autónomo y la monarquía por la República; luego de haber reemplazado las ideas teocéntricas que prevalecieron durante tres siglos, en la Colonia, por la concepción del mundo que trajo consigo la Revolución Francesa; después de que se pasó en tiempo mucho más breve que en Europa de la Edad Media a la Epoca Moderna; nuestros pueblos quedaron exhaustos al término de la terrible jornada.

Esta transformación, tan súbita como radical, provocó un esfuerzo y una tensión tan grandes que, durante largo tiempo, las nuevas repúblicas vieron disminuidas su originalidad y su autenticidad, limitándose a vivir bajo los mismos esquemas de 1825, dando al Nuevo Mundo la impresión de haber agotado, en plena juventud, sus reservas vitales.

La vieja unidad saltó hecha fragmentos. La versión provinciana, montonera, de "Patria Chica", se impuso a la concepción de Bolívar. Desde entonces quedamos dislocados, constituyendo un conjunto de pueblos caracterizados por su incomunicación vital.

LA EPILEPSIA

Poco a poco, en casi todos nuestros pueblos, hacia el final de la Segunda Guerra Mundial, van surgiendo de las corrientes subterráneas de la historia, grandes impulsos populares, verdaderas fuerzas ciegas de la naturaleza, que provocan una serie de movimientos convulsivos en contra del estado de cosas que encuentran a su paso.

Perciben sólo lo cercano, lo inmediato, lo sensorial. Denuncian la frecuente incapacidad de dirección en los mandos de Gobierno y la irritante desigualdad en el reparto de la riqueza, pero se guían por esquemas superficiales y por el don intuitivo de sus caudillos; carecen de concepción orientadora y de sentido moderno; les falta conocimiento de las leyes del desarrollo; no tienen clara conciencia de la unidad de nuestros pueblos ni decidida voluntad de integración de sus economías. Destruyen en algunos casos, a su paso por el Gobierno, viejas oligarquías y el andamiaje en el que éstas apoyaban su situación de injusto privilegio; estatizan las principales fuentes de riqueza y llevan a cabo la liquidación del latifundio; sin embargo, estos movimientos, más turbulentos que rebeldes, más rebeldes que verdaderamente revolucionarios, no supieron sustituir unos cuadros por otros, ni institucionalizar los cambios que realizaron, dejando únicamente un panorama de escombros y vacíos.

LA SITUACION ACTUAL

En suma, la herencia que dejaron las corrientes estrictamente legalistas, oligárquicas y decadentes, y las meramente subversivas y nihilistas, fue de una comunidad desgarrada y de una civilización puramente periférica, que se limita a bordear las costas de los dos océanos que abrazan el continente.

De ahí que nuestro impulso no hubiera ido mucho más allá de los avances de los Incas o de la fundación de ciudades hechas por los españoles. La cordillera, a modo de inmenso acantilado, y la miopía de nuestros conductores a modo de inmensa barrera de incomprensión, detuvieron nuestra expansión civilizadora y colonizadora, quedando en vastas partes de nuestra geografía, más allá de nuestro reducido horizonte, sólo la soledad de la jungla.

En efecto, no se ha atravesado el territorio que se extiende del Atlántico al Pacífico, como hicieron los norteamericanos cuando conquistaron su entonces "Lejano Oeste". No se ha unido a Venezuela con la Argentina, como hicieron los ingleses del siglo pasado al unir Egipto con el Africa del Sur. No se ha vinculado a Lima con Río de Janeiro, como los franceses que avanzaron, antes del incidente de Fashoda, desde el Africa Occidental hacia el Mar Rojo. De Panamá a Buenaventura, de Buenaventura a Guayaquil, de Guayaquil a El Callao, de El Callao a Antofagasta, hay miles de kilómetros de selva, de desiertos y de montaña, que se atraviesan sin que se pueda encontrar en la ruta intermedia ninguna población importante, sin vía troncal, caminera o ferroviaria que las una, quedando esos puertos como especie de grandes factorías. Hacia el interior, extensiones fabulosas como las que existen entre Caracas y Santa Cruz de la Sierra, o entre el Atlántico y el Pacífico, prácticamente despobladas. Más allá de la cordillera, la vastedad de la pampa, la vorágine amazónica.

En momentos en que el mundo asiste a la segunda Revolución Industrial, América Latina sigue siendo una sociedad rural, pues un 58% de su población trabaja y vive en el campo, a veces en forma abigarrada, densa, conociendo el drama del minifundio, cuando tan sólo rotura un 5% de su espacio geográfico. Ese elevado margen de población campesina, que en algunos países como Haití alcanza a 83%, vive prácticamente en un subempleo, calculándose en Bolivia que sólo se necesitaría el 12% de la mano de obra actualmente empleada en los tiempos de siembra y cosecha, esto es, en los períodos que requieren el mayor número de brazos. En las regiones agrícolas de este último país, un niño de cada tres, muere antes de cumplir un año de vida, dos de cada tres antes de alcanzar la edad de trabajo.

Nuestra economía, en su conjunto sigue siendo arcaica en mentalidad, en sistema y en equipo; muestra una patente incapacidad para diversificar su composición, pues cinco productos —petróleo, café, azúcar, cobre y algodón— cubren el 62% de sus exportaciones; y conserva carácter monoproductor, al punto que el 92% de las exportaciones de Venezuela corresponden al petróleo y derivados.

EL CAMINO DE LA INTEGRACION

Las grandes crisis son prueba para los pueblos y, felizmente para responder al desafío de una situación tan grave, tan extendida y tan persistente como la que atravesamos, empieza a abrirse paso a una nueva generación que se presenta en las diferentes latitudes, con diferencias en la forma, pero con una profunda afinidad en la esencia. Se define por el realismo, el sentido constructivo y el impulso revolucionario. Usando la expresión orteguiana, podríamos decir que al mismo tiempo rechaza la epilepsia de los agitadores y la parálisis de los reaccionarios.

Esta nueva generación, rompienedo con audacia los esquemas puramente nacionales, reclama la investigación tecnológica, el desarrollo regional y la integración económica. Esta posición no refleja un mero economicismo o una tendencia tecnócrata, pues no se le oculta que la historia registra casos de revoluciones industriales que han originado dolorosas situaciones de desigualdad social. Representa una posición renovadora, pero quiere actuar sobre realidades pues comprende por experiencia, que las revueltas sociales han provocado graves retrocesos económicos. Propicia cambios en las estructuras sociales, pero cree que muchas veces pecan de insuficientes e ineficaces por limitarse a esferas internas, reducidas, y por no ser capaces de emprender un proceso de integración de las economías nacionales.

El programa es ambicioso, pero nuestros pueblos están perfectamente conscientes de que esta conquista de nuestros países por nosotros mismos no debe representar un proceso de expansión únicamente en beneficio de minorías privilegiadas. Ciertamente, no se podrá llevar a cabo empresa tan gigante si se empeña en ella tan sólo a las élites y no se moviliza la voluntad general de nuestros pueblos.

El proceso de integración habrá de constituir un movimiento unitario que supere todo espíritu de secta que niegue aportaciones históricas o margine razas, sin comprender y amar lo indígena y lo español y esa síntesis racial y cultural que somos nosotros; que rechace toda tendencia que fomente resentimientos clasistas, llamados sólo a dividir, disociar y debilitar; que repudie las pretensiones de predominio de unas naciones sobre otras, como en la loca aventura europea que condujo a las naciones del viejo continente a la destrucción y a la decadencia, de las que únicamente les fue dado liberarse cuando acertaron a buscar el camino opuesto, de la unión y participación.

Y ese movimiento debe ser popular. Debe surgir espontáneo, entusiasta, esperanzador, levantando energías societarias, imprimiendo dinamismo a las instituciones intermedias. Debe imbuir de sentido creador a los comunes afanes de la colectividad, de modo que todos reconozcan en la obra común la huella de su participación, para que renazca la vieja tradición gregaria y comunitaria de la institución incaica de la minka, el trabajo colectivo, de cooperación mutua y alegre, que permitió la realización de obras ciclópeas, y en fin, de que renazca, asimismo, "la alta virtud que a la hispano progenie hizo dueña de siglos", alcanzando, con esta nueva síntesis, un nuevo peldaño en nuestra historia.

Dr. Luis Adolfo Siles Salinas

Agostino Codazzi



Uno de los sellos de la serie emitida en 1959 por la República de Venezuela en conmemoración de Agostino Codazzi.

El estudio para el relevamiento y el trazado del Canal en la selva virgen de Panamá. (De una antigua acuarela de Fausto Salvadori)

EN el año 1809, después de las batallas de Atensberg y de Wagram que obligaron al emperador de Austria a sufrir la llamada Paz de Viena, Napoleón se hallaba en el apogeo del poderío, su imperio extendíase desde la desembocadura del Elba a la del Tíber y su ejército se componía de soldados reclutador en todas las regiones de su vasto imperio.

En aquel año era Mayor de Artillería de la guarnición de Bolonia Pietro Armandi, y a él se presentó un jovencito de diez y seis años para solicitar que lo enrolaran en el batallón que mandaba Armandi. El jovencito se llamaba Agostino Codazzi, y a su insólita solicitud el mayor Armandi contestó que el Emperador —se refería a Napoleón— no admitía soldados tan jóvenes en las filas, a lo que Codazzi replicó: "¿Tan pobre es el Emperador que no puede emplear una ración más para un joven que quiere batirse por él?"

Esta respuesta decidió el porvenir de Codazzi Es admitido, pasa a la Escuela Central de Bolonia, después a la Academia de Pavía, toma parte en las campañas napoleónicas, es condecorado, llega al grado de coronel por méritos de guerra, y a la caída del gran corso emigra a la República de Colombia, constituida entonces por Nueva Granada, Venezuela y Ecuador.

Codazzi es nombrado Director de la Escuela Militar y el Gobierno de Colombia le encarga los estudios para el mapa de la república cuyo inmenso territorio se extendía desde las selvas vírgenes atravesadas por los afluentes del Amazonas hasta las selvas vírgenes del Istmo de Panamá.

En el desempeño de la misión que le había sido encomendada, Codazzi es ascendido al grado de General del Cuerpo de Ingenieros, llega a la región de Panamá donde el cielo era cubierto por las copas frondosas de inmensos árboles seculares y donde el suelo pantanoso e insalubre y la vegetación exuberante dificultaban enormemente los trabajos de relevamiento.

A pesar de todas las contrariedades opuestas por una naturaleza hostil, Codazzi recorre la región, efectúa el relevamiento, proyecta el corte del Istmo por un canal que seguiría el curso del río Chagres que desemboca en el Atlántico, cortaría la Cordillera y por el curso del río Grande terminaría en el Pacífico. Sus planos y sus mapas se publican en París y él muere en las insidias de la selva virgen.

La idea de unir por un canal los océanos Atlántico y Pacífico databa, nada menos, del año 1520, siete años después que Núñez de Balboa había descubierto un océano sin límites desde las montañas del Istmo. La idea fue de Alvaro de Saavedra, pero era tan vaga que no se llevó a la práctica. Volvió a renacer en 1551, y ante esa "insistencia" el rey Felipe II amenazó con la pena de muerte a quien tuviera la temeridad de hablar de semejante obra.

Pasaron unos doscientos años. Inglaterra, a la cual no alcanzaba la lejana y drástica orden de Felipe II, se ocupó del problema, y en el año 1790 envió a Nicaragua una expedición que desembarcó en las bocas del río San Juan. Mandaba la expedición un oficial de marina que se llamaba Horace Nelson, el mismo que nueve años después, con el grado de almirante, debía cubrirse de oprobio en Nápoles, y quince años después debía cubrirse de gloria en Trafalgar.

La expedición que él mandaba en Nicaragua tuvo un trágico fin: cuatro mil marineros ingleses perecieron a raíz de la sublevación dirigida por una mujer intrépida, la señora Martínez, abuela de Tomás Martínez, elegido en 1857 Primer Presidente de la naciente República de Nicaragua.

Un estudio serio para la unión de los dos océanos se realizó en el año 1804, y el autor de ese estudio llevaba un nombre ilustre: Alejandro de Humboldt.

Humboldt presentó cinco trazados diferentes, y del análisis de los mismos llegaba a la conclusión que el más conveniente era el que, pasando por el río San Juan y el lago de Nicaragua, terminaba en el océano Pacífico.

Nicaragua dependía en aquella época del gobierno de España como provincia de la Capitanía General de Guatemala. Declarada la independencia en el año 1821 y constituida en 1824 la República Federal de las Provincias Unidas del Centro de América, Antonio de la Cerda, miembro de la Asamblea Constituyente, propuso un decreto que ordenara la apertura del canal de Nicaragua de acuerdo con el trazado elegido por Humboldt. Su propuesta fue acogida con entusiasmo, y en el año 1826 se concedió la ejecución de las obras a una compañía estadounidense, dirigida por el señor Palmer.

Desgraciadamente estas obras no se iniciaron porque la compañía no pudo reunir los fondos necesarios. Y la misma suerte le cupo a las otras compañías que intentaron formar el barón francés Thierry, el inglés Lloyd y el sueco Talemar a quienes Bolívar había encargado la deseada excavación del canal de Nicaragua.

Tampoco pudo llevar a cabo la obra Guillermo I, rey de Holanda, uno de los hombres más instruidos y más ricos de Europa; y tampoco pudo ponerse en práctica el proyecto redactado en el año 1846 por Luis Napoleón y publicado en un opúsculo con el título *"El Canal de Nicaragua o Proyecto de Junción de los Océanos Atlántico y Pacífico por medio de un Canal"*.

Al mismo tiempo el gobierno francés confió al ingeniero Garella el estudio de la unión de los dos océanos. Contrariamente al proyecto de Luis Napoleón, Garella volvió al proyecto de Codazzi y en lugar de aconsejar un canal a través del lago de Nicaragua, aconsejaba el corte del Istmo de Panamá.

Un autor de la época, al analizar los dos trazados, el de Nicaragua y el de Panamá, terminaba al final de largas consideraciones que el de Panamá "eleva una dificultad monstruosa, pues es preciso cortar las cordilleras que tienen 140 metros de altura. Ningún ingeniero se atrevería a intentar semejante trabajo y no se ha pensado nunca formalmente en

MIGUEL
un rey de Venezuela

EN el siglo en que se incrementó el comercio de esclavos los barcos negreros arribaban a los puertos de Venezuela repletos de cargamento humano, sangre y sudor del Africa, destinadas a regar las tierras de América. Y esa mercancía de seres vivos era distribuida en los campos y ciudades, en las haciendas y mansiones de la Colonia o se volcaba sobre los yacimientos de minerales que el rico suelo ofrecía a la avidez de la explotación.

De esas naves, piloteadas por aventureros y hombres de oscuras empresas, grandes lotes de esclavos pasaban a trabajar en las minas de Buria, situadas en la ruta del Occidente venezolano. Y junto a la veta aurífera, confundido con el polvo, el humo y la sombra de los túneles, encontraban siempre a Miguel. Era un negro fantasioso, cuyos ascendientes habían vivido en contacto con la jungla, y en sus venas ardía el fuego del sol africano y toda la mística de la tierra donde los suyos habían sido libres. Por eso la esclavitud le resultaba intolerable, con su yugo, su látigo, y la voluntad inflexible del amo soberbio y poderoso.

Y un día, ultrajado en su dignidad varonil, mostró su rebeldía ante el castigo y quiso vengar el agravio. La noche, las tinieblas lo protegieron en su fuga. Mas no escapó como un reo que evade la justicia. Iba seguido por una nutrida falange de hombres de color, sus compañeros de miserias y penalidades, y se erigió en el capitán del grupo que osaba desafiar al poder español. Y se internó en la selva cálida, semejante a la jungla africana, para iniciar la lucha y vivificar sus derechos a la libertad.

En los campos y en las ciudades se escuchaba con asombro el sonido de su tambor de guerra que sacudía los nervios de sus acompañantes y llegaba hasta los oídos de los otros esclavos —hijos del país o del continente lejano y perdido— como una invitación.

Los trabajadores de las haciendas de caña, de café, de cacao, empezaron a desertar. Y llegaban hasta el campamento y cuartel del negro insurrecto con su carga de frutos olorosos y la oferta de sus brazos y de su vida.

Y entonces comenzaron los violentos ataques a la mina para proveerse de armas y para abatir a los capataces blancos que habían humillado a la gente de color. Eran frecuentes los asaltos y tan bravíos los asaltantes que empezó a cundir la alarma entre los mineros y más allá, en las cuidades hacia donde avanzaban los rebeldes.

Miguel seguía siendo el caudillo, el jefe del grupo, pero no le bastaba. Quería forjar un mundo a su modo, adueñarse del territorio donde vivía, fundar un reino. Estaba consustanciado con la tierra cuyo calor había sentido entre las manos. Su pueblo negro lo veneraba. Y en una asamblea nocturna, entre roncos gritos, canciones delirantes, tambores batientes y un relampaguear de antorchas, por decisión unánime lo proclamaron Rey.

No se hallaba solo en el ambiente familiar. Había llevado consigo a la compañera de sus días de esclavitud y con ella iba a compartir el trono y a fundar una dinastía. Y allí estaba la Reina, a su lado, con un cetro de hojalata o de bambú en la diestra, aclamada por su gente, con todas sus enseñas de realeza y de dignidad.

Hasta Barquisimeto, la ciudad codiciada por los insurgentes, llegó la noticia del hecho extraordinario y alarmante. Miguel, con su corona de burdo metal, con su mujer, su hijo, su ejército de ébano y su trono vegetal, estaba dispuesto a enfrentarse al Monarca de España.

Los esclavos insubordinados, independientes del poder español pues tenían un gobierno propio, no daban tregua a sus antiguos señores. Y los representantes ibéricos, con sus haciendas y sus minas desiertas, ante la amenaza de ser despojados de sus posiciones, impotentes para contener con sus propias fuerzas el avance de quien aspiraba a ser dueño de Venezuela, decidieron pedir auxilio a la Corona.

El Licenciado Villacinda llegó con sus galeras y sus planes. Y un contingente de tropas bizarras, curtidas en la guerra, avezadas en el manejo de las armas, tuvo que cruzar parajes agrestes, tortuosos, difíciles, hasta llegar al sitio donde se emboscaba un enemigo casi invisible.

Miguel I estaba protegido por la espesa vegetación que rodeaba el campamento pero lo denunciaba su tambor. Era la voz, el grito, un llamamiento a todos los oprimidos. Las tribus indígenas de la comarca, los Nirgua y los Hirahara que siempre habían combatido al invasor europeo, se apresuraron a acudir, engrosaron sus huestes. Pero también pudo interpretar los sones del tambor incitante el enemigo común y le sirvió de guía para preparar el ataque.

Miguel tenía sus Ministros negros, sus Sacerdotes negros ,sus Consejeros negros, una tropa numerosa con su mezcla aborigen y su sello nativo, y un heredero de su trono. Era un poder real y efectivo. Podía deliberar y estaba acostumbrado a vencer. Se había batido hasta ahora con grupos menos apasionados que el suyo, un tanto imprecisos y vacilantes por la sorpresa. Mas los soldados del Monarca hispano contaban con recursos de que no disponían los sediciosos y la lucha se presentaba desigual en el aspecto bélico.

Bajo el mando de Diego de Montes, tras algunas escaramuzas se produjo el choque definitivo entre los dos bandos. El Rey negro no pudo resistir el empuje de las tropas disciplinadas y su bisoño ejército fue destruido. Los sobrevivientes probaron de nuevo la amargura de la esclavitud. Hubo el retorno a la mina, a las haciendas y casas señoriales recrudecidas en su severidad, en la dureza del castigo. Quizás algunos miembros de la corte de Miguel I lograron escapar junto con los indígenas sumados a la revuelta e internados en la selva se perdieron entre los árboles y las bestias.

No puede considerarse como intrascendente este hecho ocurrido en tierra venezolana en un período de su vida colonial. Fue la expresión de dos sentimientos respetables en los seres humanos: el amor a la libertad y el anhelo de elegir su propio destino social o político. Pero Miguel, su séquito y las tribus con quienes se fundieron para emprender una acción colectiva, de índole nacional, eran apenas unas criaturas simples, unos hombres rudos, casi primitivos. Y súbditos obligados de un gran Imperio, cuando intentaron liberarse, en el instante de ejercer su derecho a la autodeterminación, sólo pudieron pensar en la creación de una Monarquía aunque su movimiento era de estructura y filiación popular.

Y han quedado para la historia como figuras que tocan los ribetes de la leyenda, dignas de ser citadas por su martirio, su heroísmo y su esfuerzo, pero totalmente distanciadas de la idea que germinó siglos más tarde en las masas venezolanas dirigidas por hombres cultos, cuando Bolívar pudo lograr la fusión de su pueblo, no quiso ser Emperador y gracias a una fidelidad mayoritaria a los principios de "libertad, igualdad y fraternidad" se fundó la República.

Lucila Palacios
(Especial para EL DIA)



ejecutar este proyecto".

Lo cual demuestra que en obras de ingeniería es algo aventurado querer profetizar, porque el canal se excavó precisamente en el istmo de Panamá, donde lo había proyectado Codazzi y donde lo había vuelto a proyectar Garella.

En 1858 había desaparecido el rey Luis Felipe y la República Francesa; Luis Napoleón se había transformado en Napoleón III, emperador de los franceses, y podía hacer valer su influencia entre las jóvenes repúblicas del istmo. Para esto envió al periodista Félix Belly quien logró que se firmara en la ciudad de Rivas un Tratado entre Nicaragua y Costa Rica. Tratado que se llamó "Convenio de Rivas" y que, al mismo tiempo que resolvía una vieja cuestión de límites — disputada desde 1839, año en que Nicaragua salió de la Confederación de las Provincias Unidas del Centro de América para constituirse en república independiente— se concedía a una compañía francesa, representada por el mismo Belly, la construcción del canal de Nicaragua, proyectado por Humboldt en 1804 y, más tarde, por Luis Napoleón cuando aún no ostentaba el título de Emperador de los Franceses.

Como Belly no era ingeniero, confió el trabajo al ingeniero Thomé de Gamond el cual efectuó algunas modificaciones al trazado de Luis Napoleón; pero el proyecto, estudiado en todas sus partes, quedó en estado de proyecto porque no pudieron reunirse los capitales necesarios, y porque los acontecimientos políticos de Europa distrajeron la atención de los europeos en general y del emperador de los franceses en particular.

Es sabido que estos acontecimientos terminaron a fines de 1870. La feliz inauguración del Canal de Suez en el año 1869 y el Congreso de Ciencias Geográficas reunido en Amberes en 1871 hicieron resurgir la idea de la apertura de un canal interoceánico en América. En 1876 se organizó una Sociedad patrocinada por Armando Reclus, el ingeniero Wyse y el general Türr, el heroico húngaro que había seguido a Garibaldi en la Expedición de los Mil de Marsalla.

La Sociedad tenía por objeto proceder a una exploración en Centroamérica y reunir los fondos necesarios para la excavación de un canal. La Comisión encargada de los estudios se componía de veinte ingenieros de todas las naciones, de algunos oficiales de marina y del personal auxiliar. En la región salvaje e insalubre varios miembros perecieron, ignorados héroes de la civilización; pero los estudios se terminaron a través de enormes dificultades, y en el año 1879 Wyse y Reclus obtuvieron del gobierno de Colombia la concesión para la excavación de un canal en el Istmo de Panamá, siguiendo el curso del río Chagres y del río Grande.

Era el antiguo proyecto del ingeniero Codazzi que, exhumado por el ingeniero Garella, había sido juzgado "de dificultad monstruosa", y que ahora, reexhumado por la nueva Comisión debía ser puesto definitivamente en práctica.

No relataremos la construcción ni las peripecias de esta obra comenzada en el año 1880, abierta a la navegación en 1914 e inaugurada oficialmente el 12 de junio de 1920 entre discursos y aplausos. Codazzi no existía más y nadie se acordó de él.

Sólo la República de Colombia llamó con su nombre el Instituto Geográfico, y en 1959 la República de Venezuela emitió una serie de sellos postales conmemorando el centenario de Codazzi, de ese sabio ingeniero, de ese máximo precursor que desde hacía cien años dormía el sueño eterno en la selva virgen, caído como un titán en el lugar de sus geniales trabajos y en la grandiosidad de la Naturaleza.

Ing. Enrique Chiancone
(Especial para EL DIA)

1



2



3

1 La imponente Fortaleza de San Felipe del Morro, en San Juan de Puerto Rico. Vista interior.

2 San Francisco de Quito.

3 El interior del templo de San Francisco de Quito, es una magnífica exhibición del barroco americano, enriquecido con el despliegue artístico del artesanado mudéjar.

4 El barroco embelleció también las residencias privadas. Un caso típico es en Perú el conocido palacio de Torre-Tagle, en Lima. Otro, la casa de los Ugarteche, en Arequipa, que aquí reproducimos.

5 El arte misionero tuvo una peculiar fisonomía. En la foto, portada de la sacristía de San Ignacio Miní, en las Misiones, Rep. Argentina.

6 Capilla-posa del convento de Huejotzingo, en Puebla, México.

7 Arquitectura civil: palacio de los Capitanes Generales, después ayuntamiento, en La Habana.

América

tierras de pan llevar

DESPUES de la magna aventura descubridora, España llegó a América con su cohorte de hidalgos ilusos y hambreados, soñadores de glorias y buscadores de Eldorados, sus segundones en busca de fortuna, sus Cides y Quijotes flacos y ambiciosos, que incribirían la epopeya viril del Nuevo Mundo, en la empresa de fundar y poblar, de extender en las inexploradas tierras flamantes, el prestigio de la Cruz y la Espada de los Reyes Católicos, a hacer verdad, coagulados en el aire virgen del continente joven, los versos rotundos y definidores que escribirá siglos más tarde el poeta genial de Nicaragua: *"Que la raza está en pie y el brazo listo, / que va en el barco el capitán Cervantes / y arriba flota el pabellón de Cristo".*

Lo primero, ni bien arribados a través del Mare Tenebrarum, fue defender de las ajenas codicias las comarcas recién estrenadas. El suelo americano se erizó de bastiones, troneras, garitas, almenas, en un cinturón de anchas murallas empinando las fortalezas desde las cuales se avizoraban los horizontes por donde podía llegar el peligro de los piratas. El viento henchía el trapo de las velas y la bandera negra de las tibias cruzadas erguía en los mástiles su amenaza, como un desafío a los rudos cañones que custodiaban a las incipientes poblaciones. El Caribe fue el escenario predilecto de las correrías, el teatro fabuloso de los abordajes, los tesoros enterrados y los galeones hundidos. Y la Isla Tortuga o las Islas Vírgenes supieron del asedio de los terribles bandidos y del tráfico infame de los negreros y los mercados de esclavos. Todavía quedan sus rastros semi románticos en las azules aguas, todavía ruinas de castillos y restos de barcos abandonados, sostienen viva la leyenda de los Barbazul o los Barbarroja, los Hawkes o los Drake, todavía existe en St. Thomas el banco de piedra donde éste se sentaba, catalejo en mano, y todo ello nos convence de que fueron de carne y hueso los hombres legendarios. De las Antillas al Estrecho de Magallanes, una costa fortificada se vincula a una familia de arquitectos miltares italianos, los Antonelli, en cuyo historial figuran, entre otras, realizaciones de la envergadura del Morro de San Juan de Puerto Rico o el de La Habana, San Juan de Ulúa, en Veracruz, o la famosa Cartagena de Indias, rodeada de nostalgias pretéritas.

Defenderse y orar iban juntos, paralelamente a la arquitectura militar, la arquitectura religiosa tiene abolengo de vieja data en nuestra América. El conquistador fundaba la ciudad, trazaba a punta de espada el rectángulo de la plaza, y en torno de la misma se enfrentaban iglesia y cabildo, los dos símbolos institucionales que vinculaban la colonia recién nacida con la metrópolis, reflejo de la autoridad espiritual y política emanada de la patria lejana. Había normas más o menos fijas para construir las ciudades, medidas prefijadas para las plazas, anchos determinados para las calles, amplias en regiones frías y angostas en tierras cálidas. Crecieron como dameros ingenuos, sobre los cuales se juega la vida humana y el porvenir colectivo de los pueblos. Entre la iglesia y el cabildo se edificaban las Casas Reales, morada del Virrey o del Gobernador, los Ayuntamientos, la residencia de los conquistadores. El tosco barro fue la materia prima originaria, la sustancia humilde amasada con yerbas que le dieran consistencia, usándose una argamasa en la que entraban como ingredientes una pasta de fréjoles y sangre de toro para unir los toscos ladrillos de adobe que, en algunos casos, han sobrevivido gallardamente a los siglos y a los terremotos, precisamente por la elasticidad de los muros así construídos, de los cuales aún quedan en pie primitivas iglesias cuatro veces seculares, como la del Belen, en Quito, o la algo más joven de San Francisco, en Santiago de Chile. Los templos cristianos debieron competir con la pétrea e imponente arrogancia de los monumentos prehispánicos, con las majestuosas pirámides aztecas, con los santuarios incaicos, con el opulento Coricancha sobre cuyos cimientos de piedra se yergue en plenitud de parábola simbólica, el templo de Santo Domingo del Cuzco. Como una réplica a los monolitos y estelas indigenas, se crearon por los caminos los pequeños "calvarios" o, en los ángulos de los atrios, las "capillas posas", donde descansar las andas con imágenes pías, y en el norte y el centro de América, o en el altiplano de Bolivia, esas "posas" fueron comunes lugares de veneración, no menos que las capillas abiertas, para los indios, en los conventos mexicanos. La importancia de la arquitectura religiosa fue dominante en la Colonia, puesto que la fe absorbía la conducta y la conciencia del individuo, y de la iglesia y del convento añexo salieron las formas fundamentales de cultura y de arte del continente, no sólo del Sur, sino en el del Norte, pues no es posible omitir la formidable y hazañera empresa civilizadora de un fraile casi legendario, fray Junípero Serra, cuyo nombre ha de unirse, en el Sur, a los de fray Jodoco Ricke y fray Pedro Gosseal, que enseñaron en Ecuador a sembrar el trigo y a cultivar el sentimiento estético.

Franciscanos, agustinos y domínicos fueron las tres órdenes mendicantes que en nuestro continente rivalizaron en levantar los templos que hoy siguen representando, más allá de su significado religioso, el mejor legado artístico de la Conquista. Los primeros fueron los franciscanos, que al principio y obedientes a las reglas de la orden, construyeron iglesias, con



5



4



6



7

ventos y monasterios modestos y de reducidas proporciones, de las que se apartaron poco a poco, para alzar enormes fábricas de arrogante mole e incalculable valor en cuanto al tesoro encerrado en ellas, desde México al Sur del continente; y aún están en pie para probarlo el formidable templo de San Francisco de Quito o la enorme catedral mexicana.

Dos corrientes inspiran la arquitectura colonial: por un lado, la española, que según los planos traídos de la península construye los edificios en el Nuevo Mundo, trátese de iglesia, palacio o cabildo; y por otra, una corriente popular, influída por la mentalidad indígena, que escapa a los modelos obligados de España, desembocando ambas en ese estilo que se ha llamado mestizo, que conferirá a las construcciones del continente la desbordada vitalidad de elementos que unen a lo europeo renacentista, toda la flora y toda la fauna que entremezclan lo telúrico americano al acervo estético de origen foráneo. El barroco esplendió en los edificios coloniales, se enjoyó con el rico juego de las formas, desplegó a vuelo la fantasía, como una manifestación de la libertad interior de alarifes y artistas de estas tierras.

Porque es justo recordar que no todo vino de afuera; que los españoles hallaron aquí descendientes de aquellos constructores geniales que planearon los hicieron Teotihuacán o Pachacamac, Copán o Mac-*teocallis* mexicanos y los santuarios incaicos, los que chu-Picchu. Y la fusión de técnicas europeas y de procedimientos indígenas dio en el arte ese estupendo mestizaje, tan opulento, fecundo y de insospechada magnificencia, que exulta en la gloria del barroco americano, verdadero lujo del Virreinato. El arte de las catedrales se volcó poco a poco en los palacios y en las residencias privadas, y la arquitectura civil comenzó a tomar preeminencia en la vida virreinal. Los grandes patios de arquerías polilobuladas; los vistosos zócalos de azulejos, las enormes portadas que se abren para que pasen las carrozas, las escaleras señoriales, los balcones salientes y de celosías, se dieron en todas las ciudades, y acaso en pocas se palpa mejor la yuxtaposición o coexistencia de culturas que en Cuzco, donde lo hispánico se superpone a lo indígena, o en La Paz y Potosí, en cuyos edificios prevaleció lo autóctono sobre lo importado.

Así sucederá también en un rincón apartado de la selva, en las Misiones del Paraguay, donde los jesuitas ensayaron un comunismo agrario de buenos resultados, y desarrollaron una arquitectura que, muy humilde en el siglo XVII, alcanzó su etapa culminante en el siglo XVIII, enriquecida principalmente con las tallas en madera, de vigoroso y expresivo primitivismo. En cambio, en Brasil, en Bahía, sobre todo, el heredado esplendor del ingenio portugués creó un mundo original, aparte, con templos adornados de formas violentas, exuberantes, audaces, en los que el clima tropical se abraza a lo edificio, tras fachadas frías y severas.

Pero otros modos de vida fueron relegando la prioridad espiritual de los templos, y las ciudades crecieron fuera de la hegemonía religiosa y se desplegaron en nuevas formas de urbanismo, modificándose sustancialmente los conceptos arquitectónicos de acuerdo con un ritmo distinto de la existencia y de las relaciones sociales. Cambió la fisonomía de los edificios, como cambió el pulso de las épocas y las necesidades inmediatas del hombre. Y airosos rascacielos fueron empinándose junto a los antiguos cascos coloniales, respetados en casi todos los países como monumentos históricos. Es la gran "cosmópolis" que dijera Darío, llámese Buenos Aires o Santiago, Brasilia o San Pablo, o Caracas. Es la moderna ciudad suramericana, que ha recorrido un largo camino desde la plaza dibujada a filo de espada conquistadora. De aquella América que fue, como se ha dicho, una novela de caballería, a la de hoy, media la distancia que hay de la carabela al avión.

Mas, todavía, en este continente que creció y seguirá creciendo, de aquella misma América de andar y ver, de fundar y poblar, sobrevive en los suburbios, en callejas apartadas, en rincones insospechados, la inenarrable melancolía de una reja vetusta, de la balconada virreinal, de un patio con plantas, del zaguán adoquinado, del llamador en desuso, que vieron pasar, vivir y morir a los hombres emprendedores que trajeron un día de hace siglos sus sueños, para engrandecer estas tierras de pan llevar.

Dora Isella Russell

(Especial para EL DIA)



8



9

Las grandes capitales actuales ofrecen la imagen verticalizada de sus modernos rascacielos. 8) Santiago de Chile. 9) Buenos Aires. 10) San Pablo.



10

El nacionalismo en la música uruguaya actual

OS nombres de Alfonso Broqua, Eduardo Fabini y Luis Cluzeau Mortet representan un momento culinante en la evolución de la Escuela Uruguaya de omposición; es el apogeo del nacionalismo, "acadeismo de lo no académico" según la feliz expresión Ayestarán, corriente cuyo único sistema rector conste en la adaptación a la música culta, de giros meódicos y rítmicos propios de nuestra tierra, a través e una paleta armónica y tímbrica que vacila entre s colores propios de los nacionalistas eslavos y los e la más tímida escuela impresionista.

Desaparecidos varios lustros atrás los tres compoitores mencionados cabe preguntarse si su ejemplo ha ido seguido por las actuales generaciones. La mayoría e los aficionados y técnicos optaría seguramente por na respuesta negativa ante tal interrogante. Veremos asta qué punto se justifica esa postura.

El decano de nuestros compositores vivientes es Vicente Ascone, cuya orientación estética lo llevó dese sus mocedades hacia el folklorismo pintoresco. En la nayor parte de sus obras se manifiesta una tendencia l uso de melodías y ritmos campesinos, a veces crulamente, otras con notoria sutileza, como sucede en ına de sus obras más justamente reconocidas, el "Nocurno sobre el Río Uruguay".

Con Carlos Estrada sobreviene el punto álgido de a reacción antifolklórica. Aunque parezca increíble, Estrada empezó componiendo suaves melodías campestres para canto y guitarra, de las que prefiere no acordarse. Con su "Preludio, Minué y Final" para cuerdas (1935) da el punto de partida decisivo, en cuanto al lenguaje sinfónico por lo menos, para la corriente universalista que — minoritaria en sus comienzos — parece hoy día abrumadoramente generalizada entre los creadores musicales.

Sin embargo, no estoy muy de acuerdo con los que niegan el carácter "uruguayo" de nuestra música de hoy. Para llegar a mis propias conclusiones, analizaré tres posibilidades en cuanto al concepto de nacionalismo, relacionándolas con ejemplos de la actual producción.

En primer lugar, examinemos los casos de uso neto de material folklórico. Son menos escasos de lo que muchos se imaginan, aún tratándose de compositores considerados universalistas a ultranza. Recuérdese la inclusión de un estilo criollo, con acompañamiento guitarrístico, en la segunda parte de la ópera de Storm "El regreso". La Danza Criolla de Tosar Errecart y un nítido fragmento del segundo trozo de su "Oda a Artigas" son exponentes del mismo procedimiento. Por mi parte, he realizado múltiples adopciones de giros autóctonos, entre los que puedo señalar: a) elementos de Pericón y de Vidalita incluídos en el último movimiento de mi Segunda Sinfonía subtitulada "Los estilos contrastantes"; b) tiempo de 6/8=2/4 con carácter gateado en la misma obra y en el fragmento "La cinacina" del tríptico "Tres cantos de nuestra tierra" sobre poemas de Pedro Leandro Ipuche. Recordemos, también, la Danza criolla de Legrand.

Pero no debe olvidarse (y pasamos a una segunda posibilidad nacionalista) que tan uruguayo es el campo como la capital. Merece, pues, una especial consideración el llamado folklore ciudadano, cuyo representante típico es Jaurés Lamarque Pons, famoso por sus estilizaciones tangueras y milongueras, con una loable culminación en la ópera "Marta Gruni" sobre texto de Florencio Sánchez. Lamarque había también adaptado con colorido auténtico el candombe en su "Suite según Figari" en la que tamborileros "de verdad" se unen con brío y predominio rítmico a una potente masa sinfónica tradicional. También en este aspecto Héctor Tosar ha realizado interesantes experiencias, que van desde su Quinteto de viento a sus recientes variaciones con ritmo de tango y milonga, incluídas en el "Recitativo y variaciones" para orquesta, pasando por su alusión a "La cumparsita" en la tercera de las "Cuatro piezas" para piano, orquestadas hace poco tiempo. Por su parte, Eduardo Gilardoni — además de un Tango juvenil— ha empleado repetidamente ritmos de tango y de milonga, muchas veces sin proponérselo, según propia confesión. En cuanto a mi propia obra, reconozco una influencia melódica genérica y sutil de la música típica, la que se pone de manifiesto en el uso frecuente de la fórmula "corchea-negra-corchea" y otras combinaciones sincopadas propia de esa música; por ejemplo: el ritmo obsesivo de 8 semicorcheas, estando ligadas la 4ª y la 5ª, que cubre la parte central de la última de mis Tres piezas breves.



La... Pons, el autor de la música de "Marta Gruni"



De izq. a derecha: Ipuche, Estrada y Serebrier, durante un paseo de los profesores y alumnos del Conservatorio Nacional (Atlántida, 1955). Serebrier, a pesar de residir en los Estados Unidos desde 1956, sigue apegado a su patria, a la cual visita periódicamente, y muchas de sus obras de los últimos años reflejan temas y ritmos netamente uruguayos, como la Partita para orquestas (1957) cuya tamborileada final presenta curiosos puntos de contacto con el final de la Suite según Figari, de Lamarque.



[U]na escena de la representación de "Marta Gruni".

Pero no crea el lector que si me he detenido con excesivo detallismo en lo que podría llamarse la parte pintoresca de la música uruguaya es porque considero que esos elementos de color son los que configuran el auténtico nacionalismo. Hace ya mucho tiempo que los musicólogos están de vuelta de la tesis que (tratándose de música culta) identifica lo nacional con el empleo de material folklórico; y ello es lógico porque la autenticidad del arte está dada ante todo por una característica fundamental: la sinceridad. Ahora bien. Si un artista es leal y espontáneo en sus creaciones, dará en ellas la esencia de su personalidad, que es sin duda representativa de su tiempo y de su patria y las obras así compuestas valdrán mucho más como expresión "nacional" que otras en las que el artista adopte artificialmente medios considerados como propios de su tierra y de su época, traicionando su modalidad personal y evitando, por consiguiente, toda posibilidad de que la obra, al no ser producida con la espontaneidad de toda verdadera creación, sea representativa del momneto histórico de su patria. En tal sentido, la conocida frase "El folklore soy yo" pronunciada por un distinguido creador de la música moderna, se perfila cada vez más como una verdad absolutamente irrefutable y ha pasado a ser parte del Credo de todo artista que no condicione su arte a ningún tipo de snobismo.

Trasladadas las precedentes consideraciones a la música uruguaya de hoy, cabe extraer las siguientes conclusiones. Es indudablemente nacional la creación de un compositor que sintiendo la emoción de una pura melodía con sabor campesino experimenta la necesidad de llevarla al pentagrama por inevitable impulso interior; es también profundamente nacional la música de un Lamarque que, respirando un ambiente típico, e inspirándose en históricas obras de un Sánchez o un Figari, vuelca su rica sensibilidad en moldes rítmicos que le son entrañablemente familiares. Y también será nacional y auténticamente uruguaya la obra de cualquier músico de esta tierra que siguiendo los dictados de su inspiración formule giros melódicos y rítmicos que no se puedan relacionar directamente con recetas conocidas, pero que por su sinceridad sean fiel reflejo de un espíritu que no es, al fin y al cabo, otra cosa que el espíritu de un verdadero oriental.

Pedro Ipuche Riva

(Especial para EL DIA)

Estampa de O'HIGGINS



CON la perspectiva del tiempo transcurrido desde la fecha en que se constituyó la primera Junta de Gobierno chileno, el 18 de setiembre de 1810, la figura de Bernardo O'Higgins, el soldado, el libertador, el gobernante, el panamericanista, se nos muestra en su auténtica y singular grandeza.

Detengámonos un instante en la apariencia del personaje, con el propósito de entrever, tras el gesto y la fisonomía, el paisaje de sus valores internos. En el ancho rostro, la tez encendida, los ojos azules, los cabellos rubios, delatan la sangre irlandesa de su padre, así como los pies y las manos pequeños evocan el criollismo de su madre. En ese exterior, el brillo de los ojos claros, el rojo de las mejillas, el trazo severo de los labios gruesos y del mentón agresivo, denotan tenacidad y energía, a la vez que decoro y honradez.

Durante los años de su residencia en Europa, años de soledad, pobreza y desamparo, concentra sus afanes en el estudio. Es alumno destacado en Historia, Geografía, Matemáticas y Literatura. Aprende idiomas, música y dibujo. Por entonces, en Londres, toma clases de Matemáticas con don Francisco Miranda, el general venezolano camarada de Lafayette, apóstol de la libertad de los pueblos americanos. Así se inicia una amistad que ha de tener gran significación en el destino del joven estudiante. Miranda lo influencia de sus doctrinas y sentimientos revolucionarios. Allí germina el ideal panamericanista de O'Higgins. Es la época de la "autoformación moral de O'Higgins", como lo dijera el Embajador Prof. Enrique Cañas Flores, en France-Amerique, Montevideo, en el año 1967.

A principios de 1802, desembarca en Valparaíso. Ya es todo un hombre. Muerto su padre, en posesión de una cuantiosa fortuna, permanece varios años en su hacienda San José de las Canteras, convertido en diligente agricultor. No obstante, fiel a Miranda y a sus propósitos íntimos, maneja en secreto los hilos revolucionarios. Ante los movimientos emancipadores de 1810, transforma a sus "huasos" en soldados de caballería. Constituido el primer Congreso Nacional, es uno de los diputados tenidos como "exaltados", de la minoría que no transije con los "reaccionarios". El cargo sirve bien a sus afanes de libertad.

Constituida la primera Junta de Gobierno chileno, en circunstancias políticas difíciles, desembarca en San Vicente la primera expedición realista que, al mando de Pareja, envía el Virrey del Perú. Se inicia una lucha sin tregua. El teniente coronel O'Higgins aprende en los campos de batalla el arte de la guerra, que no alcanzó a conocer por los libros. Con el brigadier José Miguel Carrera, el brillante húsar venido de España, se entrega a la causa de la Independencia. Se suceden victorias y reveses: Yerbas Buenas, San Carlos, Chillán, el Roble, jalonan la epopeya.

Desconocido el Tratado de Lircay por el Virrey de Perú, so pretexto de vulnerar los intereses de la monarquía, envía fuerzas realistas que, al mando de Osorio, exigen el sometimiento de Chile. Ante el peligro inminente, O'Higgins y Carrera organizan rápidamente el ejército. O'Higgins está en la vanguardia.

Es el amanecer del 30 de setiembre de 1814. El aire transparente de la madrugada primaveral permite a O'Higgins una clara visión de los movimientos del adversario en la margen opuesta del Cachapoal, frente a Rancagua. ¿Cómo afrontar al enemigo con tan precarias fuerzas?

El ejército realista, tres veces superior en número, logra vadear el río. O'Higgins, después de atacar, opta por replegarse a la plaza de Rancagua, donde lo reclama angustiosamente la débil guarnición.

Son dos días de asedio tenaz, de horror encarnizado. En las torres de las iglesias de la Merced y de la Matriz, flamea el Pabellón de la Patria con el trapo negro que simboliza la decisión de luchar hasta la muerte.

Acosados por el incendio de la ciudad que arde por los cuatro costados, sedientos, extenuados, sin municiones, con el pendón enlutado de Chile en lo alto de las torres, los defensores resisten todavía, negándose a toda rendición. O'Higgins, incólume, ordena entonces a sus quinientos héroes, resto del ejército que diezmó la muerte, abrirse paso en medio del enemigo. Cargan con ímpetu los dragones de Freire con su general a la cabeza. Nada ni nadie pudiera detenerlos.

Galopan frenéticos entre ruinas y cadáveres. Ciegos ante el fuego nutrido, saltan la barricada realista y llegan a los extramuros.

Bajo el torvo cielo crepuscular, por la cuesta de Ohada, cabalga O'Higgins pensativo, polvo y sangre camino de Santiago. ¡Es el fin de la Patria Vieja!

O'Higgins, seguido de sus partidarios, toma el camino de la cordillera, para refugiarse en Argentina. En Mendoza lo espera el Gobernador Intendente, coronel José de San Martín, el emancipador de los pueblos del Paraná y de las provincias del Río de la Plata. Solidarios del mismo ideal de independencia de América, San Martín y O'Higgins fraternizan de inmediato. Unidos en el esfuerzo para realizarlo, en amistad generosa e inalterable, organizan definitivamente el Ejército de los Andes, para emprender la cruzada libertadora.

O'Higgins ha sido nombrado Brigadier por el Gobierno de Buenos Aires.

En la noche del 11 de febrero de 1817, O'Higgins decide el ataque al ejército realista que se encuentra al Sur de la quebrada de Chacabuco.

Al amanecer siguiente, ya en la cumbre de Chacabuco, O'Higgins está frente al enemigo. A su embestida, los realistas huyen en desbandada. El Ejército de los Andes entra triunfalmente en la capital. El brigadier chileno es proclamado Director Supremo de la Nación.

Pero la guerra no ha terminado y no hay reposo para el soldado. Deja los cuidados del Gobierno en manos del coronel De la Quintana y toma nuevamente las armas. Son las duras jornadas de Talcahuano, la retirada al Norte, Cancha Rayada... Pero no importa. El camino de la gloria conduce al llano de Maipo.

El 5 de abril de 1818, bajo el sol jubiloso del mediodía, San Martín y O'Higgins, inválido de Cancha Rayada, sellan con un abrazo la victoria definitiva.

El Director Supremo, después del triunfo, se esfuerza por aumentar el poderío militar chileno y, con la mirada en el mar, crea la primera Escuadra Nacional que, bajo el mando de Blanco Encalada, dominará el Pacífico e iniciará la libertad del Perú.

En carta de abril de 1823, dice a Bolívar: "Mi vida ha sido más gustosa en el campo del honor; mi corazón no está amasado para la política insidiosa". No erraba en este juicio de sí mismo. Su actuación durante los años en que gobierna con necesaria energía, en años tan difíciles para la república naciente, lo demuestra sobradamente. Frustrados sus mejores propósitos de gobernante, decidió abdicar el mando. Pero quedan sus eminentes realizaciones en los campos del orden institucional, de la educación pública, del progreso general: promulga dos Constituciones: la de 1818 y la de 1822, funda escuelas, liceos e institutos, crea la Academia Militar y la Academia de Guardiamarinas, libera de impuestos la importación de libros, reabre la Biblioteca Nacional, construye el mercado de abasto y el Cementerio General, traza de su mano el paseo de la Alameda de las Delicias, inaugura el alumbrado público, organiza la policía urbana y rural, instituye la Legión del Mérito, en reemplazo de los títulos nobiliarios.

En el aspecto internacional, sella alianzas convenientes para la nación, logra el reconocimiento de la independencia de Chile y nombra sus agentes en el exterior. En el orden financiero, obtiene crédito externo para el progreso material y económico del país.

Está, por sobre todo eso, su grande espíritu americanista, que lo mueve a emprender la Expedición Libertadora del Perú, última etapa del magno proyecto que tiene con San Martín. Con recursos y elementos precarios, con esfuerzo ímprobo de años, organiza y pertrecha el ejército y la escuadra expedicionarios, que van en demanda de la liberación peruana.

Los títulos que lo honran: Capitán General de Chile, Brigadier de Buenos Aires y Gran Mariscal del Perú, son el testimonio de reconocimiento, el símbolo de su americanismo.

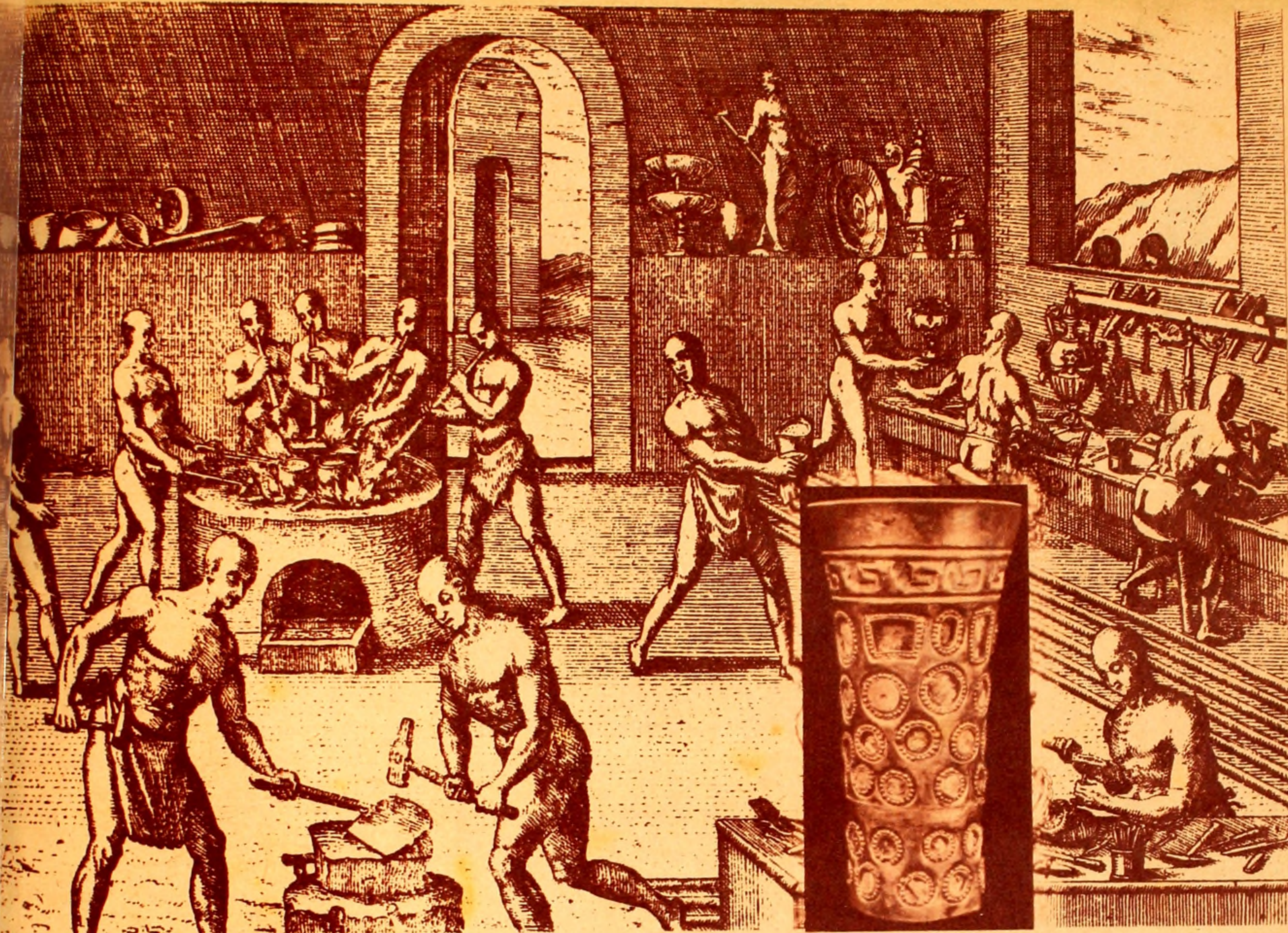
Meses después de su abdicación, de su sacrificio en pro de la concordia chilena, se embarca rumbo al Perú, en voluntario destierro.

Caen las tardes del retiro de Montalván, hacienda que le ha regalado el Perú. El ilustre soldado, con alma de labriego, se refugia y deleita en las sencillas faenas agrarias. Pero su corazón, a que no abatieron cien batallas, late ahora a ritmo desigual, punzado por la nostalgia. Veinte años de exilio, la pérdida de su madre, la dulce y tierna doña Isabel, la desazón permanente de dejar su obra inconclusa, fueron quebrantando su recia estructura. Toma notas, redacta proyectos para beneficio de la patria. Escribe, escribe cartas sin cesar, angustiosamente, requiriendo noticias del país. "Todos los días — comunica a Bulnes — sueño con volver a Chile, volver es mi ansia más ardiente. No me interesa lo que hagan conmigo. Lo único que me importa es morir entre mis araucanos".

A media mañana del 23 de octubre de 1842, frente al pequeño altar improvisado en su dormitorio, palidece intensamente. Sabe que es la hora de su muerte y requiere su mortaja, su sayal franciscano. Con su último estertor, murmura esta sola palabra de vaticinio y esperanza: "Magallanes".

Javier Vergara Huneeus

(Especial para EL DIA)



EL DORADO en cuatro tiempos

mirador

EL rutilante mito de El Dorado ni nace de la conquista de América, ni termina con ella. Toma un nombre y embruja cuando llegan hasta Europa noticias deslumbrantes del tesoro de Atahualpa. Pero ya en el viejo mundo, con tres continentes puestos bajo la Rama Dorada, El Dorado corría por diplomas y libritos caligrafiados, en los cuentos de Alí Babá, de oro eran coronas y monedas, altares e íconos, los hilos de los trajes y las joyas.

El primer tiempo es el de la alquimia. Criar el oro, hacerlo reproducir o doblar, fueron propósito siempre renovado de los químicos mágicos. Pérez de Barradas resume en uno de sus prólogos a los libros de la joyería precolombina colombiana las ideas que desde remotos siglos tuvieron sobre el oro chino e hindúes, europeos de la Edad Media y del Renacimiento, y trae citas como ésta de Scherwood Taylor: "El alquimista... creía que el oro actuaba como una semilla que, alimentada con el cobre y la plata, crecía a expensas de estos metales hasta que la masa se convertía en oro". El "agua divina" de que se hablaba en un texto del siglo II o IV después de Cristo, era a modo de levadura, y del mismo modo que la del pan fermenta una gran cantidad de masa, un poco de oro líquido podría fermentar la totalidad de la masa seca. El descubrimiento de América, en vez de reducir a los metalúrgicos a la realidad de las minas, encendió en ellos el deseo de producir oro. Los de este hemisferio fuimos causa de un Renacimiento de la alquimia. Ya desde Aristóteles se decía de dos vapores que exhala la tierra: el uno húmedo y el otro seco y humeante originaban los fósiles y los metales. Pasan los siglos, y a los 148 años de haberse descubierto el Nuevo Mundo, Alvaro Alonso Barba, el más destacado metalurgista del siglo XVII, publica el "Arte de los Metales", en que vuelve fáusticamente sobre las ideas mágicas de la tramutación de unos metales en otros...

♦

El segundo tiempo de El Dorado es anterior a la conquista. Una de las razones que explican el interés de Colón por cruzar el Atlántico y el apoyo que le prestaron reyes y banqueros, fue la búsqueda de oro en la otra orilla, para cubrir el déficit que se había producido en Europa por una disminución en el rendimiento de las minas africanas. Colón llega a una isla de las más pobres de las Antillas, y acosa a los indios a preguntas, hechas con gestos, sobre dónde estarían las minas de oro. Las páginas de su diario en esos primeros días están literalmente empedradas de una sola palabra: Oro. Oro era lo que venía a buscar y debía llevarle a los reyes, oro lo que les había prometido, oro lo que justificaba su aventura. Y oro lo que proyectaba en la pantalla de sus ilusiones para mantener el entusiasmo de los reyes.

El tercer tiempo es el que todos conocemos. Es El Dorado de la conquista. Hay que ver lo que producirían como aliciente en los medievales españoles del siglo XVI los relatos del rescate de Atahualpa y la fantástica idea de la huidiza imagen de ejércitos de indios que o echaban estatuillas de oro a la laguna de Guatavita, o partían para la Guayana con los tesoros que salvaron de la rapiña de los Pizarros. Cieza de León escribía: "Cuando los indios iban a la guerra llevaban coronas y unas patenas en los pechos, y muy lindas plumas y brazaletes, y otras muchas joyas. Me acuerdo yo se vieron indios armados de oro de los pies a la cabeza que en lanzas largas solían llevar banderas de gran valor..." Esta imagen de El Dorado cautiva en el XVI a españoles, ingleses y alemanes, y todavía en el XVIII alimenta la más divertida y fabulosa fantasía de Voltaire en "Cándido"...

♦

El cuarto tiempo ya es del siglo XIX, y toma caracteres más realistas y positivos con los placeres de California. Ahí, quienes parten a la estampía son los gringos revolvereados, que galopan enloquecidos hacia el Oeste espantando búfalos y creando la épica de la carreta con caballos desbocados, aventureras de película, fugas de los pielesrrojas y hazañas de Búfalo Bill.

Ahora, en el XX, la historia sucede al revés. Por tirabuzones de túneles medrosos se llega a las entrañas de la tierra buscando los filones en donde el oro ha permanecido fuera del alcance del hombre. Con nueva alquimia se le saca en los crisoles la escoria, hasta que queda puro y líquido, y se reduce a ladrillos que pesan como el diablo y brillan como el sol. Una vez que este pan de la ambición se saca del horno, se devuelve al socavón. Cuidadosamente se entierra de nuevo en los sótanos de los Bancos, donde nadie lo vea. Y con este El Dorado invertido se cocinan de nuevo las guerras, estimulan las conquistas y deshacen los hombres. Es el quinto tiempo de El Dorado. — (ALA).

Germán Arciniegas
(Exclusivo para EL DIA)

Colores de América



Idolo precortesiano, hallado en el río de las Balsas, México.



En la floresta de Tijuca.

I — AMANECER

Bailan las mariposas como mínimas hadas.

Muy pronto se va abrir la pupila del día en la cara tatuada del horizonte.

La brisa niña ensaya sus ritmos entre las largas hojas de los bananos.

Dialogan el helecho y el rocío.

Y el gozo de vivir es como un pájaro que vuela ebrio de canciones.

¡Oh corazón mío: guarda bien esta imagen del bosque tropical en la hora de abrirse el día! ¡Guarda bien esta imagen! ¡Y que su luz beatífica apacigüe mañana, en las ciudades turbias, tus horas largas de desolación!

II — EVOCACION NAHOA

En tierra mexicana, frente a aquellas piedras nahoas, patinadas por los siglos, evoqué la tradicional leyenda de los soles cosmogónicos, la que nos recuerda, en la imaginación de un poeta cuyo nombre no se conserva, que sobre al Tierra brillaron cuatro soles, cuatro soles que marcaron cuatro épocas, cuatro soles recordando las veces que fue destruída la humanidad.

Fue el primer sol — Atonatiuh — quien vio cómo los dioses, irritados por la maldad humana, hicieron que la diosa del agua anegara el mundo. Los hombres se transformaron en peces. Y sólo conservó su forma humana una pareja que, en un tronco de árbol ahuecado en canoa, llegó a ver en el cielo la gracia del arcoiris, como un gran estandarte de paz.

Y la Tierra se pobló de nuevo.

Y rutiló Ehecatonatiuh, segundo sol.

Y de nuevo los hombres fueron malos.

Y el dios del aire, con su collar de áureos caracoles marinos, bajó a la Tierra. E hizo soplar a todos sus diosecillos.

Y danzaron primero las brisas niñas.

Y más tarde bramaron los huracanes ásperos.

Remolinos gigantes de nieve de los picachos avanzaron sus puñales sobre la Tierra.

Y temblorosos, los hombres dijeron: "Si pudiéramos huir, como ágiles bestias!"

Y, convertidos en monos, treparon a los árboles.

Sólo conservó su forma humana una pareja, que se escondió en una gruta.

Allí, junto a una hoguera que no los acompañaba, llegó a ver esa pareja el nacimiento de Tletonatiuh, el nuevo sol.

Pero también Tletonatiuh llegó a fatigar sus oj[os] frente a tanta maldad.

Y esta vez fue el dios del fuego — Xiuhtcut[li]tletl — el confiado de la nueva destrucción.

Xiuhtcutlitletl, con su penacho de llameante pl[u]mas.

Y un hombre y una mujer observaron que en [su] hogar la llama ardía más fuerte.

Era que el dios del fuego aparecía en el hoga[r]. Y dijo:

—Os salvaré. Id al bosque, escondeos en la grut[a]. Arderá toda la Tierra, menos ese lugar.

Y un gran volcán largó cataratas de lava.

Y una densa ceniza oscureció el espacio, tajead[a] rojamente por las llamaradas del enorme cráter e[n] cólera.

Y el resto de los hombres quiso huir, trocars[e] en pájaros.

Y los dioses los transformaron en pájaros.

Y el cuarto sol brilló más tarde, el cuarto sol Tlaltonatiuh.

Ya no era tan mala la humanidad, ni tan intensa la ira de los dioses.

Y la diosa de la Tierra — que en sus manos alza mazorcas de oro — castigó con hambre a todo pecador.

La roja sequía pulverizó muchas plantas.

La diosa de la Tierra fue clemente y compasiva fue justa con aquellos que lo merecían.

Tal, en suma, la tradición nahoa, que tiene — ¿no es así? — cierto tono bíblico, como queriéndonos probar que, pese a sus diferencias temperamentales y expresionales — que hemos podido comprobar sobre todo los viajeros — el alma humana es una, su esencia es la misma al Sur y al Norte, al Este y Oeste del mapamundi, la misma con su élan vital, sus fatigas, sus recomienzos, su necesidad de comunicación y amor, su sed de eternidad.

III — GUANABARA

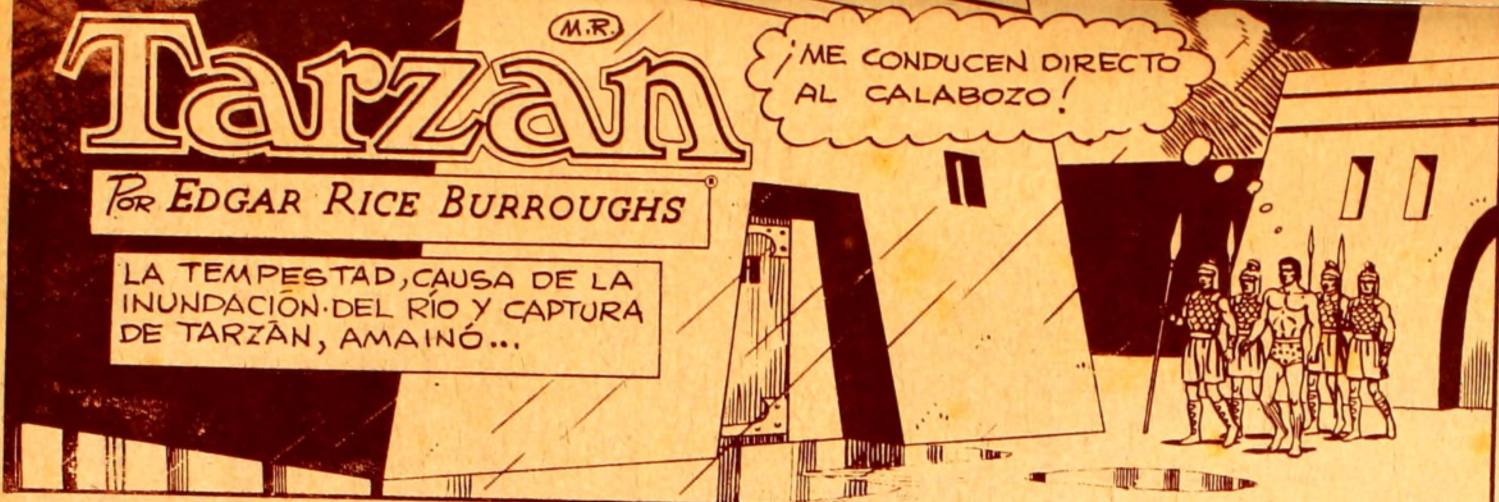
Magallanes, Mem de Sá, Martín Afonso de Souza, y más y más de aquellos marinos legendarios que conocieron la infancia de Guanabara, que contemplaron esa bahía mágica con ojos de incredulidad frente a tanta hechicería luminosísima, frente a esa Naturaleza virgen y magnánima.

¡Qué grises eran las otras tierras, comparadas con la fábula verdeazul de Guanabara! ¡Y cómo os redimías en ella de las fatigas y las penas de la inmensa jornada! ¡Qué enorme vuestro éxtasis frente a tanta opulencia!

Barbudas sombras de marinos legendarios... Magallanes, Mem de Sá, Martín Afonso de Souza, y más y más. ¿No es cierto que a veces vuelven vuestras sombras, en el amanecer, a reclamar vuestro derecho a ver de nuevo este valle, estas costas, estas montañas, estos árboles, estos colores que vosotros conocisteis en su infancia?

Gastón Figueira

(Especial para EL DIA)


TARZAN M.R.
POR EDGAR RICE BURROUGHS
LA TEMPESTAD, CAUSA DE LA INUNDACIÓN DEL RÍO Y CAPTURA DE TARZÁN, AMAINÓ...
¡ME CONDUCEN DIRECTO AL CALABOZO!


ES PROBABLE QUE PUDIERA ESCAPAR, PERO ESTA CIUDAD DE CATHNE ME INTRIGA... ME QUEDARÉ UN POCO DE TIEMPO.


UNA PESADA PUERTA FUÉ ABIERTA: ERA LA CELDA.
JOHN CELARDO
Tm Reg. U.S. Pat Off.—All rights reserved
©1967 by United Feature Syndicate, Inc.


AL CERRARSE...
¡BIENVENIDO AL POZO!


¡ME LLAMO PHOBEG!
NO BUSQUES UN LUGAR POR DONDE ESCAPAR. ¡NO LO HAY!
¡YO SOY TARZÁN!


¿ERES DE ATHNE O DE CATHNE?
¡NO! VENGO DE UN PAIS DEL SUR.
7-23-1898


¡Y NO PARA MATAR A VUESTRA REINA!
¡JA! ¡JA!


QUERIDA Y ENIGMÁTICA REINA NEMONE... INSPIRA O AMOR U ODIO... NUNCA EQUIDISTANCIA.
¡YO SOY NEUTRO!


¡SÓLO HASTA QUE DECIDA TU SUERTE!
LA PINTAS COMO UN OGRO.


¡DUERME AHORA! MAÑANA NECESITARÁS TUS ENERGÍAS.
¡GRACIAS!


AL AMANECER...
¡VENGAN LOS DOS!
¡SU MAJESTAD QUIERE QUE LA DIVIERTAN, TARZÁN!

primavera
cantante y sonante!
con los

nuevos pesos ceibo

contantes y sonantes!



Soler tiene!

Soler conviene!

SLIP en malla panal corte anatómico, muy resistente **130** *pesos* **CEIBO**	**PULLOVERS** Lancarina manga larga en pura lana merino **1.079** *pesos* **CEIBO**	**AMBO** en casimir Ildu fantasía, modelo clásico, impecable presentación **7.250** *pesos* **CEIBO**	**CAMPERA** "CAVANAH'S" en tela pilot forro desmontable **4.390** *pesos* **CEIBO**
BUZO 1/2 manga en suave algodón peinado **249** *pesos* **CEIBO**	**SACO** Cardigan Lancarina en pura lana, variedad de tonos **1.190** *pesos* **CEIBO**	**AMBO** en casimir Paylana, corte moderno, línea Everfit **6.500** *pesos* **CEIBO**	**DRIZLER** en dacron, forro viyella escocesa, exclusividad "CAVANAH'S" **3.570** *pesos* **CEIBO**
CAMISA 1/2 manga "CAVANAH'S" poplinet Bermuda, surtido de colores **395** *pesos* **CEIBO**	**POLERA** en fina lana, de colores matizados, gustos modernos **1.090** *pesos* **CEIBO**	**PANTALON** en acrocel media estación, en colores de actualidad **1.450** *pesos* **CEIBO**	**SACO** Sport en trevira cuadrillé, bolsillo tapas al sesgo, una abertura **3.990** *pesos* **CEIBO**
CAMISA "CAVANAH'S" manga larga, en tela vichy variedad de tonos de estación **790** *pesos* **CEIBO**	**GABARDINA** mod. trinchera, no debe faltar en el vestuario del elegante **4.990** *pesos* **CEIBO**	**PANTALON** en vigoret fantasía media estación mod. sport con cinturón **1.590** *pesos* **CEIBO**	**SACON** marinero, charreteras y botones dorados, línea "CAVANAH'S" **4.590** *pesos* **CEIBO**
CAMISA "CAVANAH'S" manga larga, en viyella 1/2 estación colores clásicos **1.250** *pesos* **CEIBO**	**GABARDINA** estilo trinchera, dacrón negro, exclusivo de "CAVANAH'S" **4.390** *pesos* **CEIBO**	**PANTALON** "CAVANAH'S" en Simil Lana selecta variedad de tonos **1.350** *pesos* **CEIBO**	**REMERA** Lancarina en suave tejido de lana, ideal para media estación **1.190** *pesos* **CEIBO**
CAMISA m/larga "CAVANAH'S" de vestir en tricolina 2 x 2 rayada **990** *pesos* **CEIBO**	**PILOT** doble tela en poplin mercerizado, fina terminación **3.890** *pesos* **CEIBO**	**CAMPERA** en nylon resinado, forro capitoné, variedad de tonos **2.750** *pesos* **CEIBO**	**ZOQUETES** strech de primerísima calidad, variedad de tonos **109** *pesos* **CEIBO**
	AMBO en casimir Perrots de la afamada marca Everfit **3.990** *pesos* **CEIBO**		

AGUADA CENTRO CORDON UNION LAS PIEDRAS